

La supervivencia de la antigüedad⁽¹⁾

Por supervivencia de la antigüedad no entendemos solo la de los dioses y mitos griegos en la literatura y el arte europeos, sino la de toda la cultura helénica, en la que la nuestra hunde sus raíces cada vez más, lo que a lo largo de los siglos acentúa la tensión entre el cristianismo y la tradición clásica; de tal tensión nace en buena parte el dinamismo que caracteriza a nuestra cultura frente a las antiguas y a las orientales.

En un principio el Occidente se asimila solo una parte de la herencia clásica: aunque los romanos conocían el pensamiento griego, algunas de cuyas facetas fueron difundidas por Cicerón, Lucrecio y Séneca, apenas se interesaron por las demás ciencias, por lo que el Occidente conserva solo las migajas de ellas recogidas por enciclopedistas y compiladores. El descenso de la cultura producido por las invasiones hace muy dudoso el que Europa pudiera asimilar entonces mucho más. Ya hemos hablado en otro sitio de la contracción que sufren las culturas al decaer y de cómo ello favoreció la eclosión de la nueva cultura cristiana, que de otra forma podría haber sido ahogada por la clásica, como sucedió en Constantinopla. La falta de ciencia dio a nuestra cultura un carácter literario que la llevó a identificarse con el conocimiento de la lengua y autores latinos; su posterior desarrollo fue determinado por la paulatina asimilación de la cultura helénica me-

(1) Trabajo escrito con ayuda del crédito destinado al fomento de la investigación en la Universidad.

diante diversos renacimientos, el último de los cuales, iniciado por Winckelmann, desembocó en la moderna filología.

Si el de Carlomagno fue el primer intento de restaurar el imperio romano de Occidente, el primer renacimiento fue el carolingio, pues el que hubo en Roma en el VII y en el VIII fue resultado de la venida de artistas que huían de los iconoclastas y que continuaron la tradición bizantina y no la clásica, que Carlomagno, por el contrario, quiso restaurar, favoreciendo el buen latín y la imitación de los autores antiguos y dando a la plástica una orientación muy romanizante, como vemos en el pórtico de Lorsch y en las columnas corintias de la capilla palatina de Aquisgrán, en las iluminaciones de los manuscritos y en los trabajos de los eborarios. Hasta el neoplatonismo de Escoto Erígena es como un reflejo, llegado a través del Seudoareopagita, de Plotino y su escuela. Es natural que entonces se hablara de la *aurea Roma iterum renovata* y que se haya dicho que el hombre occidental nace en el siglo IX, pues lo que le distingue no es la posesión de la cultura clásica, sino el deseo de ella, del que sólo encontramos, en lo que se llama el renacimiento de los Otones, huellas en Hrotsvita, que sigue a Terencio, y en el tercero de ellos, hijo de una griega, que soñó en restaurar el imperio romano desde el Aventino, pero que no vivió el tiempo suficiente para imprimir carácter a su época.

El florecimiento de la cultura europea en el XI y el XII se basa en la síntesis agustiniana de cristianismo y neoplatonismo. Esta es la época en que en las escuelas catedráticas, entre las que se destaca mucho la de Chartres, se afirma la realidad de los universales; en que el saber se centra en el estudio de los antiguos escritores latinos, imitados sobre todo en el norte de Francia, Inglaterra y Alemania, desde donde vemos ir a Roma a Hildeberto de Le Mans a cantar la belleza de sus ruinas en dísticos que se supusieron del siglo V, a Enrique de Winchester a buscar esculturas para su palacio y a Conrado de Hildesheim a deleitarse con lo que conocía solo por los libros; en que se escriben obras como el *De bello troiano* de José de Exeter y la *Alexandreis* de Gautier de Châ-

tillon y en que se satiriza del siguiente modo a los enamorados de la antigüedad:

Magis credunt Juvenali
quam doctrinae prophetali
vel Christi scientiae.
Deum dicunt ese Bacchum
et pro Marco legunt Flaccum,
pro Paulo Virgilium.

Mientras se cultivan las humanidades en las tierras que hemos mencionado, en las más romanizadas del noreste de España, sur de Francia y valle del Po surge un nuevo estilo, que irradiaría a todo el Occidente. La primacía de las ideas puras llevó al románico a la exaltación de la geometría, entre cuyos volúmenes se establecen relaciones tan armoniosas como las que el oído percibe en la música, fundada en las existentes entre los números, con lo que adquieren los edificios un aire muy clásico; aún más evidente es el clasicismo de la escultura, que renace entonces de la imitación de la antigua, lo que en el sur de las Galias se hizo de un modo tan perfecto que se discute si el famoso sarcófago de Saint-Guilhem-le-Désert es del IV o del XII; Borgoña, por el contrario, se aleja mucho de los cánones clásicos en busca de una expresividad que trata de lograr por medio del alargamiento y el retorcimiento, que deshumanizan a las figuras. Pero ni allí lo ceñido de la imitación ni aquí el deseo de expresividad permitieron captar la esencia del clasicismo; la subordinación de las esculturas al edificio al que se adosaban tampoco podía darles ese equilibrio orgánico y vida propia que adquirirían al triunfar con el gótico el principio de axialidad, que las centra en sí mismas y que llevaría al clasicismo intrínseco de la escuela de Reims precisamente cuando un estilo que, como el románico, hunde sus raíces en la antigüedad es sustituido en el norte de Francia por otro que se aparta mucho de ella en su arquitectura, en la que se ha llegado a ver el influjo de las iglesias nórdicas, de madera.

Tal florecimiento lleva al desarrollo de las literaturas en lengua vulgar. El siglo XII es el siglo de oro de la poesía provenzal, cultivada, como el primer románico, desde Cataluña

hasta Lombardía, arco del que irradia al resto de Europa, provocando en Alemania la aparición de los *Minnesinger*, en Italia la de la escuela siciliana, antecedente inmediato del *dolce stil nouvo*, y en España la de la lírica galaico-portuguesa, continuada por la castellana del XIV y el XV; también derivan de la provenzal la francesa y la catalana. Mientras tanto, en la lengua de oïl se siguen escribiendo poemas épicos y empiezan a escribirse *romans courtois*, en los que alternan los temas clásicos con los temas célticos y que unen su influjo al de los trovadores para propagar el culto a la mujer. Del XII son también el *Cantar del Cid*, obra maestra de la épica española, y el de los *Nibelungos*, de la alemana.

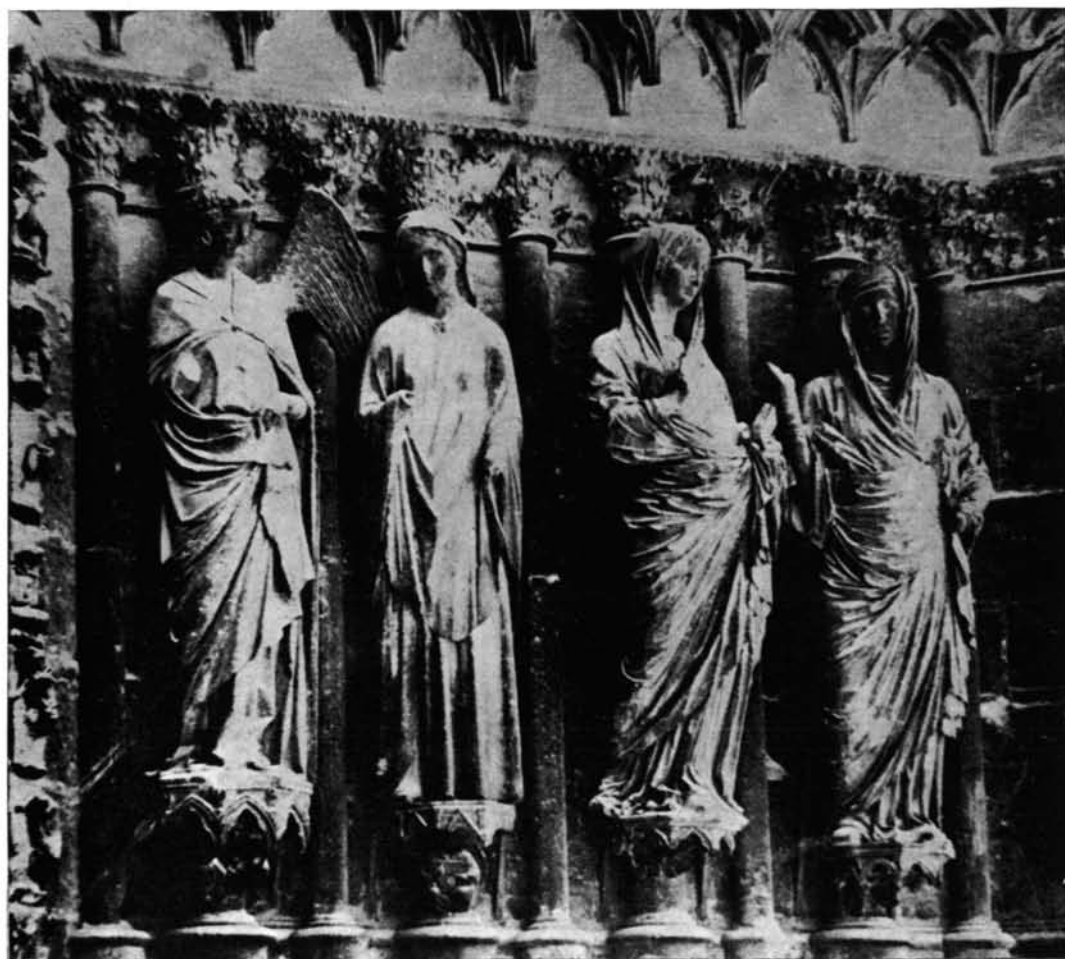
En esta época aumenta mucho el interés por la cultura islámica, con la que Europa entra en contacto en España y Sicilia. Los árabes sufrieron el impacto helénico al conquistar en el siglo VII Siria y Egipto; en vez de asimilar, como los romanos, la literatura y el arte griego, por su aversión a lo figurativo y por disponer solo de traducciones se aplicaron a la filosofía y a las demás ciencias, juntando a la helénica mucho de la de la Mesopotamia, el Irán y la India en una síntesis que los situaría muy por encima del resto del mundo, donde no había entonces filósofos ni matemáticos, médicos ni astrónomos comparables a los musulmanes. Ya en el X y en el XI se traducen del árabe al latín muchas obras científicas en los monasterios catalanes, adonde Gerberto, el futuro papa Silvestre II, vino a estudiar con los maestros a quienes debe el Occidente la introducción del astrolabio y los números árabes. También existía en Salerno una escuela de medicina que se enriquece con lo recogido de los árabes mediante muy toscas traducciones. Toledo, reconquistada el 1085, se convierte en el principal foco de esta actividad por obra del arzobispo don Raimundo, que hizo colaborar en estas traducciones a moros y judíos con sabios cristianos; la primacía científica de esta ciudad es reconocida en Inglaterra a mediados del XII por Roberto de Chester al regular sus *Tablas astronómicas* por el meridiano de Toledo, donde se traduce a Aristóteles y Euclides, Tolomeo y Galeno y a sus principales comentadores. Mucho se traduce también en Sicilia. Aunque estas traducciones,



1. - Pórtico de Lorsch



2. - Munich. Biblioteca del Estado. Marfi carolingio



3. - Catedral de Reims. La Anunciación y la Visitación



4. - Roma. Estancia della Segnatura. La disputa del Santísimo Sacramento



Roma, Estancia della Segnatura. La escuela de Atenas

hechas del árabe, eran muy imperfectas, gracias a ellas comenzó a extenderse por Europa la ciencia helénica y Aristóteles empezó a ser cristianizado entre condenaciones que prueban el recelo que despertaba y que no era infundado, pues, como se vio en los averroistas, en toda su pureza sus doctrinas eran incompatibles con el cristianismo. La necesidad de profundizar en su pensamiento hizo que muy pronto Roberto Grosseteste tradujera del griego le *Ética a Nicómaco* y Guillermo de Moerbeke las más de sus obras.

Como, según Aristóteles, a la realidad solo se llega desde lo sensible, el aristotelismo produjo una revalorización de la naturaleza y un verismo en la literatura y en el arte que en el siglo XIV se intensificaron por obra del nominalismo de Guillermo de Occam, franciscano de Oxford, universidad que en el XIII había sido menos aristotélica que París, pero que se había adelantado en la asimilación de las ciencias particulares con el ya mencionado Roberto Grosseteste, quien cree que las matemáticas, enriquecidas por los árabes con el álgebra, son la clave de la naturaleza y que tiene ideas muy avanzadas sobre la formación del universo, el movimiento de los planetas, la reforma del calendario, la luz, los colores, las mareas y el sonido. Discípulo suyo fue Roger Bacon, quien como casi todos los franciscanos quiso armonizar agustinianismo y peripatetismo, pero que en las ciencias particulares pone la experiencia por encima de la autoridad y aun de la razón, incapaces de remover las dudas y de darnos esa certeza que solo adquirimos con la observación, ayudada por instrumentos y por la *numeratio* y la *figuratio* o interpretación matemática de lo sensible. Tal ciencia, a la que él da el nombre de experimental, descubre lo que no se deduce de ningún principio y aumenta mucho nuestro poder sobre la naturaleza; gracias a ella pudo denunciar los errores de Tolomeo y anunciar los barcos de vapor, los automóviles, los puentes colgantes, los telescopios, las exploraciones del fondo del mar y el uso bélico de la pólvora. Aunque nunca se funda en experiencias por él realizadas, sino en lo que sabe de las hechas por otros, es indudable que la idea de la ciencia como instrumento de dominación se debe a Roger Bacon.

Para que tal idea resultara fecunda había que superar el mecanismo de la ciencia griega, lo que hizo Duns Escoto, discípulo de Roger Bacon y maestro de Gillermo de Occam, exaltando la libertad y el poder de Dios, a cuya imagen está hecho el hombre, que en adelante inventaría entes de razón y de imaginación, artefactos y máquinas inconcebibles antes del XIV, siglo en el que nace la ciencia moderna de la conjunción del escotismo y del occamismo. Tal nacimiento fue condicionado por la crítica de la física aristotélica y el florecimiento de las matemáticas, visible en la sistematización de la trigonometría y en el desarrollo del álgebra sincopada.

Mientras Europa acusa de este modo su originalidad y sus escritores se apartan de la imitación de los antiguos, vemos en la arquitectura cómo el clásico acanto del decorado es sustituido por el roble, la hiedra y el cardo, y en la escultura cómo al clasicismo de la Visitación de Reims sucede el goticismo de su Anunciación y cómo se diluyen en tal goticismo los elementos clásicos que aún hallamos en un Nicola Pisano o en el arco de Capua, donde probablemente se introdujeron por orden del emperador Federico II, quien imitó en sus augustales las monedas romanas.

En la Edad Media se creía que los dioses paganos habían sido héroes, inventores y legisladores divinizados por la gratitud, según la teoría de Euhemero, aceptada por la mayoría de los autores cristianos. Por eso su recuerdo no se perdió nunca, aunque sus representaciones fueran muy distintas de las aceptadas por la antigüedad. También contribuyó a mantenerlo vivo su identificación con los planetas, que ha sobrevivido en los nombres de los días de la semana, que se impusieron a pesar de la Iglesia. La integración de la astrología en la cultura clásica, tan necesaria para los cristianos, llevó a armonizarla con la religión mediante la teoría de que los astros no influyen sobre el albedrío, sino solo sobre la complejión, que condiciona las inclinaciones; a pesar de esto, el que en la Escritura se dijera que los dioses son demonios, a los que se debe la propagación de la idolatría, hizo a los cristianos mirar la astrología con mucho recelo, pues, según los

filósofos, eran los dioses los que movían las esferas. Tal recelo se disipa cuando en el XIII se afirma que son los ángeles los que hacen esto, lo que permitió fundar cátedras de astrología en las principales universidades y a los astrólogos entrar al servicio de reyes y papas. Resto de la creencia de que los dioses regían las esferas fue la magia astral, que usaba como talismanes camafeos o entalles con la imagen del dios, es decir, del demonio al que en cada caso hubiera que aplacar. Hasta los que condenaban la astrología lo hacían por su escaso provecho para las almas y no por su falsedad, solo demostrada por el sistema copernicano.

La idea de que en los mitos hay provechosas enseñanzas fue muy grata a los neoplatónicos, siempre inclinados a su ennoblecimiento y purificación. El deseo de los padres de desentrañar los sentidos ocultos de la Escritura, el de inmunizar a los fieles contra el necesario manejo de autores paganos y el de dar cuerpo a abstracciones, como las de Prudencio en su *Psychomachia*, llevó a los cristianos a interesarse por la alegoría y a buscarla en los mitos, que acabaron por convertirse en una especie de filosofía moral que fue cultivada en el siglo VI por Fulgencio, en la época carolingia por Teodulfo y en el XII por Alejandro de Neckam, Bernardo de Chartres y Juan de Salisbury. Con esto el interés de los lectores se proyecta hacia Ovidio, cuyas *Metamorfosis* fueron comentadas por Arnolfo de Orléans y por Juan de Garland y luego a principios del XIV por el autor del *Ovide moralisé*, seguido por una legión de exegetas que hasta descubrieron en él la crítica de las diversas clases sociales. Todavía en el XV se escribió en Inglaterra una mitología que identificaba dioses y virtudes.

Ya había triunfado entonces en Italia el renacimiento propiamente dicho, que aspira a la completa recuperación de la cultura clásica. Petrarca, que lo inicia, interpreta la historia de modo distinto a como hasta entonces se había interpretado, pues en vez de centrarla en la Encarnación, entusiasmado con la antigua Roma, cree que su ascensión fue una época de luz y su decadencia una época de sombras, que disipará la restauración del esplendor romano. Para Boccaccio esto había

empezado con Petrarca en la literatura y en la pintura con el Giotto, del que nos dice que imitó la naturaleza tan bien que muchos se equivocaban, *quello credendo esser vero che era dipinto*. La aparición en el xv de Brunelleschi y de Donatello llevó a incluir entre las artes restauradas a la arquitectura y a la escultura, que, lo mismo que la pintura, se dice que son similares a las liberales, con lo que se acuña el moderno concepto de las bellas artes. A fines del xv incluso se hablaba de renacimiento de las ciencias, cuyas fuentes griegas podían estudiarse en el original.

Aunque desde el principio se vio en Brunelleschi el deseo de edificar *alla romana* y en Donatello su imitación de los antiguos, en los pintores se siguió elogiando su fidelidad a la naturaleza hasta que adoptaron las categorías de la retórica: la invención, la disposición, que en ellos se convierte en composición, la elocución, que aquí fue primero luminosidad y luego colorido, y finalmente la armonía o conveniencia de cada parte con las demás, lo que subordina la imitación de la naturaleza a una selección condicionada por las matemáticas y la arqueología, pues para determinar el largo de una pierna o la anchura de un muslo había que combinar la observación y el cálculo con el estudio de las esculturas antiguas. Lo cual llevaría a la organización racional de la forma y a buscar el secreto de la proporción que los antiguos habían conocido. Con esto el retorno a la antigüedad de la pintura se convierte en el retorno a la antigüedad de las otras artes.

La teoría de la proporción se aplicó también a la arquitectura, pues se creía que los griegos habían estudiado la naturaleza al descubrir las leyes del diseño y de la perspectiva y que las columnas de los tres órdenes reflejaban las proporciones del cuerpo del hombre, de la mujer y de la doncella; a esta humanización de la arquitectura se debe el que la basílica de S. Pedro no parezca tan grande, mientras que en las catedrales góticas el tamaño está subrayado por la oposición entre sus proporciones y las humanas. Esta idea de proporción acabó por ser el común denominador de todas las artes, orientadas hacia el clasicismo por ver en la representación del hom-

bre, no como es, sino como debiera ser, la forma más pura del naturalismo. Después del retorno a la antigüedad de la pintura a comienzos del XVI, la música cierra el círculo al adoptar los temas clásicos en el melodrama.

La unidad de este movimiento de asimilación de la cultura antigua, vista por primera vez en su totalidad, pues ahora lo griego se estudia al lado de lo romano, y como un sistema de ideas y de formas, lo distingue de los anteriores renacimientos. Si el carolingio apenas trasciende de la literatura y las artes menores; si el del XI y el XII, cuya arquitectura emula la romana y cuya escultura imita la antigua, no llega a la pintura y ve en la poesía latina la sustitución de la métrica clásica por la moderna; y si el del XIII, que es un resultado de la recuperación de la ciencia helénica, está artísticamente muy influido por las tradiciones nórdicas, el renacimiento por antonomasia se manifiesta en todos los terrenos y alcanza un profundo conocimiento de la antigüedad, quizás por mirarla por primera vez como un confín luminoso y lejano, lo que si por un lado engendra nostalgia, por el otro da la perspectiva necesaria para poder estudiarla con rigor científico.

No nos extrañe que entonces lo clásico desbordara el cristianismo e incluso ayudara a la creación de un clima favorable a la escisión religiosa, fundada en el libre examen, que sería inconcebible si previamente no se hubiera hecho del hombre la medida de todas las cosas. Pero lo que determina la fisonomía del renacimiento es el platonismo, cuyo influjo indirecto fue muy visible en Escoto Erígena y en la mayoría de los escolásticos del XI y el XII; ahora Marsilio Ficino traduce y comenta en la Florencia de los Medici a Platón y Plotino con un éxito solo comparable al del psicoanálisis en nuestros días. Lo unitario de esta filosofía, en la que desaparece la distinción entre lo sobrenatural y lo natural al afirmarse que Dios inspira tanto a los filósofos como a los profetas y que el mundo ha nacido por emanación, y en la que por verse en la hermosura de la obra de arte un reflejo o vislumbre de la divina se convierte al artista en ministro de la Providencia, contribuye por una parte al extraordinario florecimiento de la lite-

ratura y las bellas artes y por otra al relativo estancamiento de las ciencias particulares, pues si aquéllas se fundan en la intuición, éstas necesitan del razonamiento, que distigue y separa.

Al hablar del estancamiento de las ciencias pienso en el xv y no en la primera mitad del xvi, en que la geografía y las ciencias naturales son renovadas por los descubrimientos de españoles y portugueses, en que Copérnico revoluciona la astronomía y Vesalio la anatomía y en que se resuelven por primera vez en Italia ecuaciones de tercero y cuarto grado; es verdad que en el xv no se interrumpe la búsqueda de datos nuevos, pero éstos se incrustan en los sistemas heredados de la antigüedad, sin que, fuera de Leonardo, que era mucho más escolástico que humanista, floreciera la ciencia experimental, lo que significa que, aunque el hombre del xv supiera más, por su conocimiento de las fuentes griegas, su saber era menos dinámico. El mayor influjo de la ciencia helénica aumentó el interés por la astrología y por la magia, que en su forma de magia natural enseñaba a aprovecharse de las relaciones ocultas que hay entre las cosas. A principios del xvi Julio II fijó la fecha de su coronación de acuerdo con los astrólogos y León X fundó en la *Sapienza* una cátedra de astrología. El renacimiento del arte de los lapidarios fue un resultado del desarrollo de esta clase de magia.

Aunque ahora recobran su belleza los dioses antiguos, deformados por la Edad Media, la interpretación de la mitología que triunfa y se impone es la alegórica, favorecida por los neoplatónicos. Las imprecaciones de Savonarola y las burlas de Rabelais demuestran su arraigo, que se hace aún mayor desde que el barroco busca una nueva integración del cristianismo y la cultura clásica, enfrentados en el renacimiento, que pudiera ser simbolizado por la sala *della Segnatura*, donde vemos a la izquierda la ciencia griega, representada por la *Escuela de Atenas*, y a la derecha la cristiana disputando sobre el misterio de la Eucaristía. Al fundirse en el barroco la una con la otra lo natural queda subordinado a lo sobrenatural y la razón a la revelación. El acierto de tal fusión produce en la Europa del xvii el desarrollo, no solo de la filosofía, las

letras y las artes, sino de las ciencias particulares, cuyo crecimiento quedó interrumpido por la necesaria asimilación de las fuentes griegas. El esplendor de tal cultura, que cristianiza todas las conquistas del renacimiento, no puede ocultar la fragilidad del equilibrio en que se asentaba y que acaba rompiéndose en la Francia de Luis XIV a favor del racionalismo y la tradición clásica. El triunfo del primero en la filosofía y del segundo en la literatura y las bellas artes es el primer paso hacia la posterior secularización de la cultura, que se realizaría en el siglo XVIII. No creo que se haya valorado suficientemente el influjo de la antigüedad en tal proceso, aunque la preferencia que el neoclasicismo da a lo griego sobre lo romano revela el deseo de hundir las raíces aún más hondamente en el mundo clásico.

Hasta la época de Luis XIV todos creían a los antiguos superiores a los modernos. En la famosa disputa que entonces hubo se empezó por decir que éstos pueden muy bien competir con aquéllos, pues la naturaleza no ha degenerado, y se terminó afirmando que por ser nuestra religión la verdadera tiene que inspirarnos sentimientos más nobles y proporcionarnos mejores temas, que los modernos trataremos mejor por saber más y por nuestro mayor refinamiento. Aunque al final se reconoció que en la filosofía, las letras y las artes no hay un progreso como el de las ciencias, también se aceptó la posibilidad de que en este terreno los antiguos fueran superados. En esta disputa se hundió la teoría de la imitación y aumentó mucho el sentido crítico y esa comprensión de los griegos que cimentaría el neoclasicismo del XVIII, que se aplica al estudio de la antigüedad sin la veneración del renacimiento.

El neoclasicismo, iniciado por Winckelmann como reacción contra el prerromanticismo, desemboca muy pronto en el romanticismo propiamente dicho, que unió a la nostalgia de la Edad Media la de la Hélade, como vemos en Alemania con Hölderlin, en Inglaterra con Shelley y Keats y en Italia con Leopardi. El que en el prerromanticismo Herder incitara a Göthe a aplicarse al griego y el que en el *Werther* su conocimiento sea un signo de distinción espiritual es significativo. Tal nostalgia de Grecia nace de su identificación

con lo noble y hermoso, con la naturaleza y con la libertad, y en algunos casos, como en el de Byron, hasta con el desnudo y la licencia. El culto por la antigüedad toma entonces un carácter muy anticristiano; abundan los testimonios de la hostilidad de Göthe al cristianismo al volver de Roma. Se diría que la cultura clásica, que en el renacimiento empezó a desbordar el cristianismo, al que de nuevo fue subordinada por el barroco, toma su desquite, aliada a una ciencia que pretende oponerse a la revelación que la había hecho posible.

Aunque el desarrollo y la complejidad de los conocimientos no permiten la dedicación a los estudios clásicos más que de un pequeño número de especialistas, por lo que en el XIX las humanidades dejan de ser el fundamento de la cultura, la verdad es que los clásicos nunca han sido más traducidos ni difundidos. Lo que sucede es que al terminar el proceso de asimilación de la cultura clásica se ha oscurecido el sentimiento de nuestra dependencia y deuda con ella, con la que tropezamos al llegar a las cimas del saber: recientemente se ha publicado en España un libro que muchos creemos el comienzo de una nueva metafísica, cuyo autor se esfuerza por alcanzar una visión más exacta y profunda de la estructura de la realidad, superando a Aristóteles, punto de partida y cimiento de sus meditaciones.

Otra prueba de nuestro interés por la antigüedad son las modernas reelaboraciones de leyendas y mitos, en los que se descubren aspectos nuevos, incluso valiéndose del psicoanálisis. Para subrayar la universalidad de estas fábulas los dramaturgos no vacilan en multiplicar los anacronismos o en hacer hablar a los héroes griegos como arrabaleros. Muy frecuente es que un personaje evoque por medio de coincidencias y paralelos a otro antiguo, como en el *Ulysses* de James Joyce, quien hasta encerró su vasto relato en la clásica unidad de tiempo. En tales casos la belleza del mito ilumina indirectamente la obra moderna, como las de los poetas del renacimiento son iluminadas por las reminiscencias de los antiguos a quienes imitan.